

Juan Pedro Laporte Molina. Un hombre extraordinario y un arqueólogo excepcional

*Livy Grazioso Sierra**

El viernes 22 de enero de 2010, en las primeras horas de la mañana, falleció el doctor Juan Pedro Laporte Molina, pilar de la arqueología guatemalteca. El cáncer que lo afectaba desde hacía varios años le ganó finalmente la batalla en un hospital capitalino, dejándonos con un vacío irremplazable.

Es imposible escribir sobre alguien como Juan Pedro en tono impersonal. Conocerlo era disfrutar de su calidad humana y significaba tener una experiencia profundamente personal, sobre todo al compartir su labor profesional y dedicación a la arqueología, su gran gusto por el trabajo y por las cosas bien hechas, que nos inculcó a todos los que compartimos con él la pasión por la arqueología. Excelente en el campo y en el gabinete, siempre dispuesto a compartir lo que sabía con todos, sus colegas, sus estudiantes y también los aficionados.

“J. P.”, como todos le decíamos muy cariñosamente, sentó un precedente difícil de igualar en el campo de la arqueología. Con J. P. nació y terminó toda una era; nos dejó sus enseñanzas, su cariño y por supuesto lo más valioso: su ejemplo. Un hombre sumamente correcto en el ser y en el hacer. Su inmensa generosidad era evidente al compartir sin reparos sus experiencias

y sus conocimientos. No importaba si la pregunta era sencilla o implicaba ir a buscar en algún libro antiguo una referencia que muy posiblemente sólo él sabía que existía. Siempre tenía el tiempo y la paciencia de ayudar y de enseñar.

Tenía una apariencia seria para quien no lo conocía y un gran corazón lleno de bondad para quienes tuvimos el privilegio de contar con su amistad. Un hombre singular, atractivo, fino y de modales impecables, respetuoso, ético, sumamente inteligente, con una gran sensibilidad y amplia cultura general. Crítico implacable; cuando se le pedía su opinión no dudaba en brindar-



* Universidad de San Carlos de Guatemala.

la, pero su crítica siempre era constructiva y proporcionaba un amplio abanico de soluciones y de posibilidades para mejorar lo que se le presentaba. Siempre abierto, amable, atento y con una generosidad ilimitada. Jamás pensaba dos veces en colaborar y en compartir su sabiduría. Siempre escuchaba a uno, y deseo resaltar que lo hacía con absoluta atención, lo que hacía una gran diferencia. Nos dejaba hablar y en su rostro se empezaba a dibujar esa sonrisa maliciosa que uno no sabía si era de aprobación. ¡Ah!, esa sonrisa sí que lo ponía a uno nervioso, pero él no decía nada hasta que uno había terminado y entonces sí respondía y nos hacía saber su opinión. No perdía detalle alguno.

Juan Pedro empezó a estudiar arqueología en la Universidad de Arizona, en la ciudad de Tucson, en 1964. En 1965 dejó Estados Unidos pues fue llamado a “servir” en la guerra de Vietnam y se rehusó a hacerlo; se fue entonces a estudiar a México, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), en donde se mantuvo de 1966 a 1971, cuando obtuvo la licenciatura, y como se otorgaba entonces, también el grado de maestro en ciencias antropológicas con especialidad en arqueología.

Juan Pedro tenía por nacimiento la nacionalidad estadounidense, y dejar Estados Unidos por rehusarse a participar en la guerra le generó un gran problema. Como él contaba, los *marines* lo fueron a “sacar” de la escuela y fue llevado a la embajada estadounidense para ser cuestionado por haber desertado. Siendo de madre guatemalteca y padre francés, Jean Pierre Laporte Molina, como se llamaba entonces, podía optar tanto por la nacionalidad guatemalteca como por la francesa, así que ahí mismo renunció a la ciudadanía estadounidense para adoptar la guatemalteca, de la cual se sintió muy orgulloso hasta su muerte. En ese mismo acto castellanizó su nombre francés y se hizo llamar Juan Pedro de manera oficial, y nunca más volvió a usar el nombre de Jean Pierre después de este incidente.

El hecho de no acudir al llamado del *Tío Sam* en los años sesenta, le cerró las puertas de entrada al vecino país del norte por varios años. En una de sus innumerables charlas me contó

que una vez su padre le envió el boleto para ir a Francia en un crucero que hacía escala en el puerto de Nueva York, y al enterarse las autoridades estadounidenses de que él iba a bordo, le fue prohibido desembarcar. Tuvo que quedarse sin poder salir de la nave, con la puerta de su camarote custodiada en todo momento por dos *marines* armados para asegurarse de que no fuera a poner un pie en territorio estadounidense. Juan Pedro, con el magnífico sentido del humor que le caracterizaba, relató esta anécdota con una gran sonrisa y un tono burlón, evidenciando lo ridículo de la situación.

De su actividad profesional en México se puede resaltar su labor de asistente en los departamentos de Antropología Física, Ceramoteca y Máquinas Electrónicas del Museo Nacional de Antropología (1967-1972), lo mismo que la de investigador en el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (IIA-UNAM), de 1972 a 1976. Durante este último periodo realizó sus estudios de doctorado en arqueología en la propia UNAM, obteniendo el grado en 1989, con una tesis extraordinaria que tituló: “Alternativas del Clásico temprano en la relación Tikal-Teotihuacan: Grupo 6C-XVI, Tikal, Petén, Guatemala”.

Tuve la oportunidad de estar presente en su examen de doctorado, en donde la discusión sobre el polémico tema de la relación entre Teotihuacan y Tikal fue extensa, y J. P. se lució con su elocuencia e ideas innovadoras. Hasta ahora ha sido uno de los exámenes más enriquecedores que haya presenciado, al contar su comité dictaminador con la participación de otra gran personalidad de la arqueología: el maestro Román Piña Chan, con quien Laporte había trabajado años atrás en Tlatilco.

En la década de 1970 se incorporó a la Universidad de San Carlos de Guatemala (USAC), en donde fungió como uno de los fundadores de la carrera de arqueología en esa casa de estudios, y fue maestro de maestros, a la vez que formador de varias generaciones de arqueólogos en ese país. En 1974 fue catedrático de arqueología en la Facultad de Humanidades de la USAC, materia que impartió también y coordinó durante 1975-1981 en la Escuela de Historia de la mis-

ma universidad, actividad que retomó de 1983 a 1994. Por muchos años, desde 1978 hasta hace poco, fue asesor y/o director de tesis profesionales en arqueología de la USAC, del Centro Universitario de Petén (Cudep), lo mismo que de la ENAH y la UNAM en la ciudad de México, y de la Universidad Complutense de Madrid.

Su incursión en la arqueología de Tikal se remonta al año de 1963, cuando era ayudante de campo en las exploraciones llevadas a cabo por la Universidad de Pennsylvania. No cabe duda de que por ello su corazón estuvo enraizado desde el inicio en la “Ciudad de las Voces”. De 1979 a 1982 fue arqueólogo jefe del Proyecto Nacional Tikal, en los programas Mundo Perdido y Zonas de Habitación, Tikal. Ahí brindó la oportunidad a muchos estudiantes guatemaltecos, mexicanos y de otros países para hacer sus prácticas de excavación y gabinete, lo mismo que para desarrollar sus tesis de licenciatura, maestría o doctorado. Muchos de esos estudiantes de entonces se cuentan ahora entre los más destacados mayistas. Posteriormente, de 1982 a 1985, fue consultor y asesor de investigación del Proyecto Nacional Tikal, así como del Programa de Uaxactun, e investigador del Proyecto Nacional Tikal en 1986.

De 1987 al 2005 fue el encargado de las prácticas de campo del área de arqueología de la Escuela de Historia de la USAC, y dentro de ese programa se efectuaron 220 prácticas de campo y 40 prácticas de gabinete. Todas ellas realizadas dentro del marco del Proyecto Arqueológico Sureste de Petén, como se llamó inicialmente el Proyecto Atlas Arqueológico de Guatemala. Para Juan Pedro, tal vez éste haya sido su proyecto más querido, junto con el Proyecto Nacional Tikal (Mundo Perdido y Zonas de Habitación de Tikal), ya que le dedicó mucho tiempo y sus mejores esfuerzos. Este proyecto continúa, coordinado ahora por su más cercana colaboradora, Lilian Corzo, quien amablemente me proporcionó la fotografía que acompaña este texto.

Entre muchos otros cargos y actividades académicas desempeñadas por J. P., están el haber sido investigador asociado en CIRMA (Bibliografía Arqueológica Maya, 1987-1999); *fellow* del

Pre-Columbian Studies (Dumbarton Oaks, Washington, D. C., 1988); coordinador y director de campo del Proyecto Atlas Arqueológico de Guatemala (1987-1993), y vocal del Consejo Técnico de Arqueología del IDAEH (1990-1995). Asimismo, de 1991 a 1994 fungió como representante del Ministerio de Cultura y Deportes en peritajes de materiales decomisados por el Departamento del Tesoro, EUA, en las ciudades de Chicago y Oklahoma, y en exposiciones internacionales en Alemania (1992, 1994) e Italia (1993).

Juan Pedro fue de los creadores, organizadores y principales promotores del Simposio de Arqueología de Guatemala (hoy llamado Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala), evento que rebasó por mucho su intención original y creció de tal manera que adquirió carácter internacional, siendo hasta la fecha uno de los más importantes de su clase, al seguirse efectuando en el Museo Nacional de Arqueología y Etnología de la ciudad de Guatemala. Durante 22 años J. P. formó parte de la comisión organizadora y editorial de los volúmenes publicados sobre dicho Simposio (I al XXII), así como editor de los mismos en la página en Internet (1987-2008). Estos volúmenes se han convertido en material básico de consulta y actualización sobre el quehacer arqueológico desarrollado en el área maya. De igual forma, hasta el 2009 fue editor de los Reportes del Atlas Arqueológico de Guatemala para la misma página de Internet (Reportes 1, 3, 4, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22 y 23), los cuales forman un *corpus* completo y detallado de los estudios efectuados en el sureste del Petén.

J. P. fue de los mejores analistas de cerámica que han trabajado en el área maya, pues elaboró una secuencia cerámica regional, revisó y corrigió muchos de los tipos y variedades que se empleaban en el área y creó escuela al preparar y capacitar ceramistas de primer nivel. Efectuó el análisis de materiales arqueológicos del Proyecto Templo V de Tikal (1998-2002) y del Proyecto Plaza de los Siete Templos, Tikal (2004-2009), ambos en colaboración con la Agencia Internacional de Cooperación Española

y el Proyecto Nacional Tikal. De 1987 a 2008 realizó análisis de materiales arqueológicos del proyecto Atlas Arqueológico de Guatemala, Dolores, Petén, lo mismo que de artefactos de piedra. Elaboró catálogos de vasijas, esculturas, incensarios, conchas y huesos trabajados.

Emprendió investigaciones en los sitios de Tikal, Uaxactun, Chichen Itzá, Kaminaljuyú y la cuenca del Lago de Izabal, por mencionar algunos; sin embargo, su experiencia no se limitó al área maya pues trabajó en otras partes de Mesoamérica como Dainzú (Oaxaca), Queréndaro (Michoacán), Tlatilco y Teotihuacan (Estado de México), entre otros. También realizó exploraciones en los templos de San Agustín, Los Remedios y la Ermita de los Dolores en Antigua, Guatemala, y fue asesor en arqueología del Consejo Nacional para la Protección de Antigua Guatemala (1974-1976).

Su obra, desde la primera participación en un foro internacional: la Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, llevada a cabo en Xalapa, Veracruz, en 1973, hasta la última: XXIII Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2009; comprende una enorme lista de publicaciones —libros, artículos e informes—, que son verdaderos volúmenes y material de referencia obligada.

Conocí a Juan Pedro en la inauguración del Mundo Perdido, cuando apenas empezaba mi bachillerato, y de inmediato me impactó su personalidad, su gentileza y su “don de gentes”, causándome esa fascinación que raya en el enamoramiento adolescente y que implica una profunda admiración más que cualquier otra cosa. Sí, de plano, definitivamente, me “colgué” (enamorado) irremediablemente de Juan Pedro. Ni cómo evitarlo. Pero por supuesto que no fui la única a la que le sucedió esto, era imposible no encantarse con aquel personaje del gran bigotón y con ojos llenos de vida de los que salían miles y miles de chispas contagiosas, sobre todo cuando hablaba de arqueología. Desde ese día se convirtió en mi modelo a seguir. Recuerdo que armada de valor fui a tocar la puerta del *bungalow* que tenía en el campamento; tímidamente me presenté y le manifesté mi gran deseo de estudiar arqueología. De seguro vio

que yo tenía auténtico interés, pues dedicó parte de la tarde a explicarme lo más posible sobre Mundo Perdido. Nunca olvidaré ese día: mi mano no era lo suficiente veloz para tomar notas, por lo que preferí escuchar y no perder el detalle de sus palabras. Ese día me sentí privilegiada por haber hecho con él un recorrido exclusivo por el sitio. Para mí fue como una especie de ensoñación. En ese entonces no imaginé que llegaríamos a ser tan amigos y mucho menos que fuera a ser mi guía y consejero durante toda la vida.

Juan Pedro era un hombre extraordinario y un arqueólogo excepcional. Disfrutaba de un buen libro y de un buen concierto de la misma manera que degustaba una buena copa de vino, pues poseía además un paladar refinado. Como el maestro Carlos Navarrete mencionó en el funeral, una de sus grandes aficiones era la ópera, y en sus años de estudiante asistió con regularidad al Palacio de Bellas Artes de la ciudad de México. Las acomodadoras del teatro ya lo conocían, pues siempre se sentaba en el mismo lugar, su favorito, en el tercer piso. Era tan buen conocedor que lo elegía debido a que era el sitio en que mejor se escuchaba y se apreciaba el espectáculo. Reservado en cuanto a su vida personal, y modesto en lo relativo a su desempeño profesional, nunca aceptó que le se le rindieran honores ni homenajes, no le gustaban “esas cosas”. Si hubiera tenido otro tipo de personalidad tal vez no se hubiera rehusado tanto a recibir reconocimientos públicos y su lista de galardones, premios y actos en su honor —muy bien merecidos— constituirían indudablemente una larga lista. Si alguien merecía y merece reconocimiento es él, pero se opuso ferozmente a todo eso. En varias ocasiones se le propuso que aceptara tal o cual premio pero su respuesta fue siempre la misma: “¡no, no y no!” Amenazaba con enojarse si uno seguía insistiéndole: “No vos, olvidate, yo no voy a andar en esas babosadas...”, “No vos, no seas necia, tan necia que sos, ya te dije que no!”, “¡Ush, no!, olvidate”. Les tenía prohibido a sus colaboradores más allegados —los únicos que tenían acceso a sus documentos personales— dar su *curriculum* para cualquier acto de ese tipo. Lo

más seguro es que de habersele hecho algún homenaje ni siquiera hubiera asistido a recibirlo, pues nunca obtuvimos su consentimiento en ese respecto.

Pero como ya no estás, Juan Pedro, ya no puedes enojarte conmigo, ni hacer el “patatús” por contar lo maravilloso que fue conocerte, lo mucho que te quisimos y lo afortunado que fuimos todos aquellos que tuvimos la suerte de que te cruzaras en nuestro camino. Estés en donde estés, tú sabes bien cuántas vidas tocaste, cuántos destinos transformaste y lo mucho que influiste en nosotros. Aunque nunca permitiste que se te reconociera públicamente, fue evidente el papel que tuviste en la arqueología de “Guate”. Ahora pienso que si no te gustaban “esas cosas”, tal vez haya sido porque sabías muy bien que era algo totalmente innecesario y hasta banal. ¿Para qué asistir a un acto público temporal si sabías a ciencia cierta que tenías el reconocimiento constante y permanente de todos nosotros?

¿Qué mayor reconocimiento público podría haber tenido Juan Pedro que los salones de la funeraria se hayan mantenido repletos de gente en todo momento? Además de su familia, amigos, colegas, estudiantes y maestros, fue muy significativo ver a una gran cantidad de sus trabajadores que al saber del suceso, se dejaron venir de inmediato y con sus propios medios, desde Dolores, Petén, sólo para rendir una postrera demostración de afecto y de agradecimiento a una persona que fue generosa con todos. Los presentes no podíamos contener las lágrimas, el dolor y la pesadumbre general eran más que manifiestas. Póstumo si se quiere ver así, pero homenaje al final de cuentas. También nos causó gran emoción escuchar las hermosas palabras que el maestro Navarrete (también Maestro de Maestros) pronunció en su honor, una preciosa narración que esbozó el perfil de este gran hombre.

El 22 de enero de 2010 hubo una triste ruptura en la cronología de la arqueología guatemalteca: marca el inicio del periodo Post-Juan Pedro. Tenemos muy claro el Pre-Juan Pedro, al que le siguió el periodo Juan Pedro, que tiene inicio en 1974 con su participación como docen-

te en la USAC y en el quehacer arqueológico nacional. Desafortunadamente este periodo sólo duró un poco menos de dos Katunes. El Post-Juan Pedro recién comienza y tendrá que ser estudiado. Esperamos que la tradición del periodo Juan Pedro no se pierda y que la “influencia Juanpedrana” continúe y siga formando parte de este nuevo periodo y de la arqueología guatemalteca por siempre.

Querido Juan Pedro, la arqueología no será ya la misma sin ti, sin tu apoyo y tus consejos, sin tu sonrisa y tu compañía, sin tu guía y sin que estés aquí para poder consultarte y saber si vamos por el buen sendero. No puedo hablar por nadie más pero estoy segura de que muchos compartirán lo que yo siento. Siempre tuviste la respuesta adecuada, ya fuera para las consultas de arqueología y hasta las del corazón..., ya no estás presente para dar esa mirada asertiva y burlona que siempre ponías cuando se te preguntaba algo y para hacerme ver, sin palabras, que muchas veces sólo me estaba ahogando en un vaso de agua. Pero siempre estarás presente en mi corazón, en mi recuerdo y por supuesto muy presente en mi vida. Siempre. Muchísimas veces te di las gracias personalmente y te las seguiré dando, y cuando hable de ti te llamaré como siempre lo hice, el “amor de mis amores”.

